337

LA NOVELA CORTA

10 cts.

AVENTURAS DE UN SOMBRERO

SAN JOSÉ

N.° 337
Año VII

LA NOVELA CORTA

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUÍA

Madrid 20
Mayo 1922

ADMINISTRACION: MADRID. — CALVO ASENSIO, 3. —APARTADO 8.008.—TELEFONO J-624

FLIRT

REVISTA GALANTE

De entre todas las Revistas galantes hasta el día publicadas en España, FLIRT se destaca brillantemente por haber purificado las ligerezas de la literatura galante con el prestigio de sus colaboradores, los más altos prestigios de nuestra intelectualidad. Para avalorar aun más esta publicación, y revestirla de toda la delicadeza y todo el interés, y toda la gracia galante de las grandes publicaciones mundiales de este género, como «La Vie Parisienne» y otras, publicamos esta Revista **a todo color,** sin aumentar su precio, aunque este modo de corresponder al creciente favor que el público nos dispensa, signifique, como el lector advertirá, un oneroso sacrificio, y doblemente, cuando por prestar más distinción a nuestro semanario no insertamos ningún género de anuncios, única publicación en España que por consideración a sus lectores, renuncia a este considerable ingreso... Consecuentes en nuestro propósito de hacer de FLIRT, dentro de su carácter marcadamente galante, una Revista excepcional, tanto por el primor y el lujo de su tirada en magnífico papel, a todo color, como por su colaboración selectísima, el interés y la gracia picante de los dibujos y sus temas, le renovaremos constantemente para prestarle un mayor interés y encanto. FLIRT será, pues, siempre una gran cortesana, sin una arruga, sin una cana, entre niña y mujer...

Diríjase la correspondencia a PRENSA POPULAR.-Madrid. Calvo Asensio, 3.- Apartado 8.008

SUSCRIPCION: MADRID, PROVINCIAS Y AMÉRICA, SEMESTRE, 8 PESETAS.-AÑO, 15 PESETAS

SE PUBLICA LOS JUEVES . **30 cts.**

AVENTURAS DE UN SOMBRERO

NOVELA INÉDITA

DIEGO SAN JOSE

EN DONDE TRABAMOS CONOCIMIENTO CON UN MAESTRO DE OBRAS DEL MONASTERIO DE EL ESCORIAL

Amplia es la estancia y llena de luz porque tiene por frontera de un ancho ventanal las cumbres del Guadarrama y les bellas frondas de la Casa de Campo.

En sonriendo la aurora éntrase a todo su talante por el aposento y no deja lugar en tinieblas ni rincón con barruntos de sombra.

En el centro de la estancia hay un luengo tablero todo lleno de papeles, planos, lápices y reglas, y en un ángulo de esta improvisada mesa un relojillo de arena que fué medida del tiempo durante todas las horas de la noche que maese Pedro de Tolosa estuvo sujeto al trabajo.

Todos los gratos ruidos de un amanecer de Junio suben hasta allí y son música amoniosa el gorjeo de los pájaros, la brisa que juega entre la verde enramada y el manso rumor del río.

El aparejador mayor de *El Escorial*, que es el dicho Pedro de Tolosa, puesto de pechos en el alféizar de la ventana goza de esta armonía y parece que muy de veras éntrasele por los sentidos, despejándole muy bien la pesadez y el sueño.

Ardua fué la tarea, pero ya parece que está en camino de resolverla. Ello será de mucho beneficio para la gente que trabaja en aquella obra monumental en la que se arruina España y se sublimiza la piedad de un rey.

Aquella humedad insalubre que hay en los cimientos desaparecerá con la calzada que su merced proyectó durante la noche, y de esta suerte todo será ya como caminar sobre ruedas...

A punto en que Febo sale muy turbio y galán por entre las cumbres lejanas, aparece en la estancia una bellísima moza que no parece sino hermana del astro-rey que comienza a desperezarse con tanta galanura.

—Buenos días, padre—dice—; ¿cómo su merced tan madrugador?

Volvió el hombre la cabeza y, poniendo un beso en la casta frente de la joven, dijo risueño:

—Mejor dijeras que estuve trasnochador pues que no me acosté, pues que no había más remedio que acabar eso. Allá en las obras hubiéralo acabado con más sosiego, pero como al mismo tiempo no quería dejar de verte, me ha sido necesario hermanar el gusto con la obligación.

—Pero, acostándose su merced así de que se coma unos torreznillos con huevos, que le freiré ahora mismo—prosiguió la niña—, todo se arreglará.

A lo que replicó el padre:

—En cuanto a lo de los torreznillos sí te obedeceré, pero en lo de acostarme no podrá ser hasta llegar al monasterio, aunque no dejaré de descabezar algún sueño sobre la mula.

Las novelas «inéditas» que publica esta Revista, son pagadas como INÉDITAS y consideradas como tales bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores

—¿Que hoy se va su merced?

—De aquí a una hora he de estar en el Alcázar para acompañar a Su Majestad.

—Si no hay forma de excusar la marcha, quiero haceros en seguida el almuerzo.

Y la linda moza salió a cumplir aquel menester culinario.

Como muy a pesar de los esfuerzos de voluntad el sueño empeñárase en cerrar los ojos que estuvieron en vela durante toda la noche, maese Pedro asomóse a la ventana para ahuyentarle con mirar a la vega.

Por la puerta de ella comenzaban a entrar los hortelanos de Leganés, las recoveras de Villeja y los pajeros de Parla.

La corte de las Españas despierta a la vida.

Una de las veces mira el hombre a la calle y paran sus ojos en la persona de un embozado que de tiempo en tiempo aparece en la esquina dirigiendo su vista a la ventana.

—Madrugador anda el galancico. ¿Quién será la dama?—piensa Tolosa en voz alta.

Distrae el pensar con procurarse la adivinanza de quién pueda ser la tal no viéndola por parte alguna, y al fin éntrase porque ni de esta manera logra que el sueño le abandone.

Arrellenóse en una silla y bien pronto comenzó a adentrarse por los laberintos de un agradable sopor que no llegaba a cuajarse en reposo.

Un cantillo que entró por la ventana le truncó el bienestar. Miró qué fuera y hallóse que aquel alma de piedra traía por cuerpo un papel escrito. Le desenvolvió y hallóse con que decía de esta suerte:

"Mi bella y hermosísima hechicera,
de la lumbre solar fulgor divino,
partir me ordena mi tirano sino
y mal este mandato obedeciera.
Ni al pie de tu ventana no acudiera
a pedirle a tu rostro peregrino
que un poco de su luz me concediera
para andar las jornadas del camino.
No hagas, pues, de tu imperio tiranía,
sal a dar a mi pena algún consuelo
divina y hermosísima María.
Triunfa en el altar de tu ventana,
diga yo al menos por calmar mi duelo:
¡Dos veces salió el Sol esta mañana!..."

Muy poca gracia hubo de hacerle la asonetada salutación pues que comprendió a quién iba dirigida, y así exclamó:

—¡Fuego de Dios, que yo tengo de cortar este noviazgo, y tan de raíz que nunca más vuelva a retoñar!

A este tiempo entraba muy alborozada y radiante la *bella y hermosísima hechicera* diciendo que ya el almuerzo estaba dispuesto.

Miróla el padre severamente, y díjole mostrando el papel:

—Por lo que aquí he leído, ni mis consejos ni mis mandatos sirven de nada en esta casa y a espaldas mías se hace lo que mejor parece. ¿Cuántas veces tengo advertido que no quiero ver a ese don Lope o don Diablo royéndote los zancajos?

Quiso disculparse la reprendida, mas de nada valieron las excusas, porque más se ofendía y renegaba a cada disculpa el bueno de Pedro Tolosa.

—¿Pensará el desuella caras—exclamaba paseándose a grandes pasos por la estancia—pescar truchas a bragas enjutas? Antes cieguen mis ojos que tal vean. No hay sino estar un hombre de bien consumiéndose la salud y restándose el sosiego para que venga un desnudo con sus manos lavadas y por cuatro chicoleos a la niña se alce bonitamente con todo. ¡Por vida de mi padre!, que si no fuera por la priesa que tengo bajaba ahora mismo y le molía a palos. Vale que también viene en la jornada y allá nos veremos.

En esta tronera estaba cuando entró el paje diciéndole que era hora de partir.

Tomó la capa y la espada más un rollo de aquellos papeles que había sobre el tablero y, calándose una gorra de camino, se dispuso a marchar.

—Pero, ¿se va su merced sin comer los torreznos?—se atrevió a decir la hija.

—Cómalos el demonio, que es glotón de buen diente—dijo y salió como una exhalación y echó escaleras abajo.

EN EL QUE SE VEN LOS PROYECTOS QUE RESPECTO A SU HIJA TENIA MAESE PEDRO

Mucho quería el padre a la hija, que no había capricho que le negase como estuviese en su mano el satisfacerle, pero ello era después de que estuviesen cumplidos y satisfechos los planes de su merced, y nunca entró en ellos el dar su mano al primero que llegase sino a quien aportara medios bastantes para hacerla cómodo el vivir, pues esto del cariño era para él cosa de poca o ninguna importancia que a la postre venía con el trato.

Nunca hasta pocos meses antes habíasele ocurrido pensar en el porvenir de su hija.

Coincidió con enterarse de que andaba en pasos de enamorada con un don Lope de Zúñiga, médico de la guardia tudesca, y haber escuchado la pretensión de cierto aspirante a marido, que creyó ganar tiempo en adorar al santo por la peana, esto es, comunicándose con él primero que con la muchacha.

El tal pretendiente era un vejete ginovés con más años que un palmar, pero con más oro que el Perú, el cual tenía la contrata de mármoles para las obras del Monasterio.

Aunque al pronto resistiósele a Tolosa aquella especie de venta, pensando luego en su alma plebeya que no hay más felicidad que la del dinero, comenzó a tejer la tela de araña en que habría de caer su hija.

A las veces, estando sola con su padre, decía:

—Vaya, que es muy cumplido el señor Giacometti, que a todas horas se desvive por obsequiarme. En principio hacíame gracia, pero ahora agradeceríale que no me trajese cosa alguna y aún más que no viniese con tanta frecuencia por esta casa.

No insistió más Tolosa, pensando que toda la enemiga contra el viejo venía de la demasiada proximidad del joven doctor y así determinóse a ir apagando aquella pasión que comenzaba a inflamarse.

Miraría a entretener al añejo galán con disculpas sobre la poca edad de la niña, pero reteniéndole las esperanzas en forma que no desesperase, y en cuanto al otro, ya procuraría espantarle.

En todo el tiempo que duró la jornada hacia el Monasterio, no dejó de meditar el plan para buscar buena ocasión.

DONDE SE VE UNA ENTREVISTA NADA CONCILIADORA

A tiempo de salir de la cámara real en la humilde y mezquina casa que para sí y los venerables padres de la Orden Jerónima habilitara Su Majestad al pie de las obras, hallóse el aparejador Pedro de Tolosa con el médico don Lope de Zúñiga.

—Pláceme de hallaros—dijo el maese.

—Y a mí también—replicó el doctor.

—Pues, ya que a entrambos nos alegra el mismo deseo, vamos un poco juntos que tengo necesidad de que hablemos unas palabras—volvió a decir Tolosa, y a replicarle Zúñiga muy cortés:

—Sabed que estoy en todo a vuestro mandato.

Caminando hacia las obras dieron en una espesura, a través de cuya hojarasca, virgen aún del hacha de los taladores, divisábanse los talleres a campo libre.

—Señor don Lope—dijo a este tiempo Tolosa—, pésame de este momento, porque fuera de vuestra tenacidad por lograr lo imposible, no os quiero mal, pero yo no puedo consentiros que de aquí adelante continuéis haciendo la corte a mi hija por más tiempo. Así es que de vuestro buen juicio espero que no me obligaréis a obtener por la fuerza lo que ruego tan humilde y amigo.

—Pues, ¿qué desdicha se labra con ello?—preguntó don Lope—. ¿Es que por acaso soy un mal nacido que no pueda llevar alta la cabeza?

El alarife respondió:

—No se labra desdicha alguna conque enamoréis a mi María, sino que no es tal mi gusto. Sois de la más honrada familia que come pan a manteles, podéis llevar tan alta la frente que miréis al sol cara a cara en una tarde de Agosto, por vuestros hechos, si podéis ir a galeras es a ser general de ellas, pero, con todas estas magníficas prendas, que no tienen muchos Grandes de España, ni me convenís ni os quiero para yerno.

—Ved, señor don Pedro, que yo quiero a vuestra hija de buena voluntad y para hacerla mi esposa.

—Ya lo sé. ¿Pues qué, pensáis que si otro pensamiento os hubiese asaltado no huebieráis perdido la vida con él en el mismo punto y hora en que yo le hubiese descubierto? Pero, aun con tan justos y honrados propósitos, no me está bien el consentir estas relaciones. Así, pues, espero que de hoy en adelante no os volveré a encontrar rondando mi casa de Madrid; entendiendo que si os hallo os veréis conmigo de bueno a bueno.

—Es bien que miréis—argüía el pretendiente desahuciado—que no es ese el mejor camino para obligarme, así como tampoco a vuestra hija. No supongo que creáis que a ella puedan haberme inclinado otras cosas que su extremada belleza y su mucha virtud.

—Por si acaso—replicó groseramente Tolosa echando a andar hacia las obras.

—Habéis necesitado ser el padre de la mujer que amo para no haberos comido esas palabras, dignas de un villano ruin y malicioso como vos—protestó bravamente don Lope.

Iba a replicar en forma el zaherido, mas viendo de lejos que el Rey se dirigía hacia la fábrica lo dejó para otro momento.

Alguna gente acertó a pasar por aquel mismo sitio para acortar la distancia, y más de uno, al mirar de soslayo al aparejador y al médico, creyeron adivinar en lo torvo de los semblantes que no era nada conciliador el motivo que allí los había llevado.

EN EL QUE SE DA BREVE NOTICIA DE LA INFLUENCIA QUE FELIPE II EJERCIA EN LA CONSTRUCCION DEL MONASTERIO ESCURIALENSE

Notable y ejemplar era la vida que el buen monarca hacía en *El Escorial*, viendo alzarse la soberbia fábrica, que él entendía ser desagravio a un bienaventurado del Señor, y no era sino una herida abierta por donde se desangraba el Tesoro hispano.

Viéndole en aquel apartado rincón nadie tuviérale por el soberano más poderoso de su tiempo, sino por un simple alarife.

En todo entendía, y bien puede decirse que en toda la república obrera no se movía una mano sin su voluntad. Aun las más pequeñas minucias habían de llevar su visto bueno y de su misma mano iban escritos vales y recibos.

Marcadas e inspeccionadas por él eran las horas de entrada y salida en el trabajo, que más que de ver desfilar ante sí sus poderosos ejércitos, gustaba de presenciar la procesión civil de los hijos del trabajo.

Lo días de guardar oía su misma misa y holgábase después con salir al campo a verles refocilarse y comer con sus familias.

En tiempo de primavera que ni el sol ni el cierzo de la sierra son crueles, cons-

tituía notable espectáculo el ver todas aquellas praderías de día de fiesta con la alegría del cielo y la esmeralda de los campos verdes.

Muy varia era la algazara porque eran de muy ajenos puntos cuantos por aquellos prados se holgaban. En cada grupo hacíase honor a una costumbre y celebrábanse pasos de una distinta romería.

La musa popular que se cuajaba en canciones de diversos terruños confundíanse en el ambiente, formando luego un embrollado y agradable eco, del que a veces escapábase una prolongada y melancólica nota, que era la nostalgia que las razas del norte sienten por sus deliciosos valles y sus altas montañas.

También por los variados condumios podía sacarse la naturaleza de las gentes, pues hacíase pleitesía en cada porción de ellos a los gustos culinarios de cada país...

Es fama que aconsejando un día a Felipe II su primer ministro don Cristóbal de Mora, que ya que honraba con su presencia la fiesta de los obreros, hiciéralo sin apearse de la silla de manos, respondió:

—Este paseo es menester hacerle a pie, porque pisando no más de este poco espacio, me parece que corro en un instante España entera. Aquí hay gente de todos mis reinos.

Ve en esta parte los recios y huesudos castellanos, curtidos por los aires de esta serranía y las aguas del Duero, el Arlanza y el Eresma. Advierte con qué poca música danzan muchos; no han menester más de un tamboril y una zampoña. Arrancan y pulen las canteras de Galapagar y Ríofrío.

Mira a estotra parte las gentes levantinas y andaluzas, hacen buenas migas entre sí porque traen en las venas sangre de moros; no se les puede purificar enteramente, son los que más dan que hacer al Santo Oficio. La alegría de sus coplas y sus danzas es el fuego de su sol, el añil de sus mares y la verdura de sus huertas. Forjan el hierro y baten el oro.

Acá están los testarudos vizcaínos y los nobles navarros; cada cual lleva dentro de sí un hidalgo; yo he pensado muchas veces que acaso sean tan recios de pecho para contener los ímpetus de los corazones. También labran el hierro y templan el acero. Sus danzas tienen algo de profana liturgia.

Aragón y Cataluña juntas. Sólo el habla les separa un poco.

De éstos, aunque buenos en el fondo, hay que desconfiar algo; los primeros, en fuerza de pujar de francos suelen quedarse cortos; los segundos, como tienen por una parte el mar y por otra la nación francesa, acostumbran a olvidarse de que son españoles; mas no hay sino dejarles porque nunca lo olvidan del todo; en lo demás son unos y otros de muy altas y laudatorias prendas. Trabajan el corcho y tejen el cáñamo.

Galicia y Asturias. Son como las mozas de servicio de las demás provincias. Raza humilde, buena y sumisa que no halló porqué haya de tenérsela en menos, pues da hombres de mucho pro e incalculable valía. Las suaves voces de la gaita tienen toda la deleitosa melancolía de los valles siempre verdes y de las montañas encapuzadas de nieve en toda estación... Cuidan de los ganados, siegan las mieses y hacen oficios de baja servidumbre.

Ve también casi juntos los que tejen el rico paño de Béjar, los que pastorean en la Extremadura y los que acarrean desde la Mancha el vinillo áspero que calienta los cuerpos y el azafrán que dora las ollas.

—En fin, he aquí hermano don Cristóbal, todo mi reino en un puño de tierra... Por esto quiero pasear a pie y detenerme en cada grupo, porque me parece que hago un viaje a cada provincia...

Pasaba luego adelante y no consentía que ninguno dejara de divertirse para rendirle homenaje; de la misma manera durante las horas de trabajo tampoco toleraba que nadie hurtara el hombro a su cometido.

Algunas veces, sin darse a conocer, gustaba de pedir opinión a los caminantes que hallaba en sus largos y solitarios paseos, y es fama que en más de una, si topó con personas sensatas, atendió sus observaciones.

Otras veces, para inspeccionar mejor las obras, elegía un punto alto desde

donde no escapaba cosa a su celo y sagacidad. Estaba a distancia como de media legua y era una cortadura natural que desde entonces se llamó *La Silla de Felipe II*.

Hartos días despachó en aquel lugar los negocios de Estado y dió respuesta a las consultas que desde Flandes le hacía su hermana la Princesa Gobernadora, imbuyéndose después en las cuestiones que sometían a su aprobación arquitectos y aparejadores.

No dijérase sino que como acontece en las historias maravillosas de encantamientos había al alcance de la mano un oculto resorte, que a medida y deseo de su voluntad ponía en movimiento toda la población obrera.

Por todas partes resonaban los golpes del hacha talando las espesuras, y trocando en llano los ásperos jarales. Enormes peñascos desaparecían como por fuerza sobrenatural y hoyos y aberturas inmensas quedaban igualados en el breve espacio de un día. En los alrededores habíanse abierto grandes recipientes para la cal y construído hornos para la fabricación del yeso y del ladrillo.

Alzáronse en las inmediaciones casas de madera y tiendas de campaña para albergue de los obreros, fundándose, pues, una verdadera población; de suerte que aquellos lugares poco antes tan desiertos que ni aun los escribanos y alguaciles de Segovia tenían noticias de ellos, pasaron a ser populosos e importantes.

Esto que no era más que los preliminares de aquella fundación, acaecía durante todo el año de 1562 y principios del siguiente.

El Rey no dejaba pasar tres días seguidos fuera del recinto que andando los años habría de ser asombro y maravilla de la Cristiandad.

***

—Y qué, buen Pedro—dijo el Monarca saliendo al paso del aparejador Tolosa—. ¿Hallaste industria para quitar esa humedad persistente?

—Señor—respondió el maese—, aquí traigo la traza y en dando vuestra majestad su venia, sin más dilación se aplicará el remedio.

—Veamos esos planos—dijo el Rey, y pasando con el operario a su humildísimo aposento, más propio de un labriego pobrísimo que de un monarca poderoso, enteróse minuciosamene de cómo habría de llevarse al cabo la obra.

Tan satisfecho hubo de quedar que luego dióle orden para que en el siguiente día se comenzase la obra.

—Que el Señor te ilumine—dijo el soberano por vía de despedida—, y cuando ello esté terminado con el buen logro que esperas, no dejes de venir tú mismo a notificármelo, que bien mereces que te felicite y premie en persona.

Extendió el Rey la diestra, la cual fué respetuosamente besada por el maestro, y tomando éste sus pliegos, salió de la regia estancia y se encaminó en busca del arquitecto mayor Juan Bautista de Toledo...

BREVE COLOQUIO DE LOS DOS ENAMORADOS DE ESTA HISTORIA

Aunque en parte alguna parecía hallarse Su Majestad como en *El Escorial*, para atender a los múltiples asuntos que requería el gobierno de sus estados, hubo de trasladarse a Madrid, aunque no más fuese que por el breve espacio de cuarenta y ocho horas.

Reclamábanle también afectos y mandatos de la sangre, como eran el saber que la salud del Príncipe de Asturias sufría lamentables crisis, y no decía bien del estado de su mentalidad a juzgar por las cosas que cada día contaba la servidumbre del infelice don Carlos.

Con la comitiva cortesana llegó a la encantadora María de Tolosa la ventura de su amor ausente, sin el peligro del padre codicioso.

No pienso que se alegraba tanto la linda moza si viera entrar por las puertas

los fabulosos tesoros de las Indias, como se alegró oyendo el breve silbido con que su galán solía avisarla de su llegada.

Fué a punto de noche.

—¡María!

—¡Lope!

Y por un buen espacio la dulce emoción no les consintió hablar más palabras. Absortos en mirarse (aunque no era mucho el tiempo que estuvieron sin verse), no daban lugar a la conversación.

Luego de las devociones de amor, vino el darse cuenta de sus personas durante la ausencia, y entonces fué cuando el galán refirió aquel desdichado paso que pocos días antes hubo con el padre de su novia.

Harto lo sintió la buena moza y le disculpó como pudo, mas rogando con ahinco a su bien amado que siempre que se hallara con su merced no entrase en discusiones con él, sino que le rehuyera, que el cariño de ella bien seguro le tenía.

Y en aquella amartelada guisa sorprendióles la cándida Luna, que se tendió suavemente sobre la villa, entrándose por las callejas y encrucijadas.

Pocos días más disfrutaron de esta ventura, pero al cabo de ellos, como el Monarca volviese al monasterio, hubo don Lope forzosa necesidad de seguirle como médico de su Guardia.

EL SOMBRERO DE SU MAJESTAD

Hartas veces se ha dicho que no hay hombre grande para su ayuda de cámara, y es lo cierto que no ya para su ayuda de cámara, pero para cuantos le tratan a diario.

Soperan después los pequeños actos de su vida íntima, y casi puede decirse que moralmente acaban por perderle el respeto.

Así acontecía con el hijo del César, aunque frente a frente con él no había quién fuese atrevido a sostener su mirada.

Cuántas veces solían decir palaciegos y lacayos:

—También es vergüenza que un rey tan poderoso lleve siempre el mismo sombrero, descolorido y con flecos por algunas partes, que más está para dársele de limosna a un pobre que para que él le lleve sobre la cabeza.

Y ello, hasta cierto punto, era certísimo, pero no estaba bien que fuese cebo de murmuraciones en gente que estaba a su servicio.

Había mucho tiempo que no veían al soberano cambiar de sombrero, aunque ya el que usaba estaba harto mísero para su grandeza.

Muchos de los que tenían puesta su atención en esta circunstancia pensábanse que fuese manía, pues nunca pudieron achacarlo a sordidez y poco cuidado de su avío, siendo como era don Felipe pulquérrimo y refinado en el vestir.

Lo cierto estaba en que la cabeza de Su Majestad tenía una forma un poco rara, terminaba en punta, y la frente era asaz estrecha, por lo que ideó llevar aquella forma de sombreros altos que no se llevaron hasta su tiempo. Los *elegantes*, que han sido plaga de todas las épocas, pensando que era moda impuesta por el monarca, adoptáronla para su uso.

En tanto que la prenda por la fuerza de la costumbre se amoldaba a la cabeza producíale mucha incomodidad, causándole dolorosas jaquecas.

Cuando ya venía a encontrarse cómodo el sombrero estaba deslucido y no muy presentable.

* * *

Hartos días llevaba Su Majestad sin poder asistir a su predilecto retiro de *El Escorial* por los muchos y urgentes asuntos del Despacho.

Ello era cosa que teníale bastante contrariado, porque como queda dicho no se acostumbraba a estar muchos días apartado de los operarios y de los frailes.

Parecíale que no estando él allá inspeccionando a todos adelantaba poco la ya famosa fábrica.

Cuando esto acaecía, los maestros mayores trasladábanse a la corte para darle cuenta del trabajo hecho durante su ausencia. El aprobaba o censuraba y disponía la marcha de lo que habría de ejecutarse.

Pedro de Tolosa fué esta vez el encargado de venir a Madrid a dar noticia de haberse dado por finalizadas las obras encauzadoras de la humedad.

Alegróse harto, pues así podría estar unos días con su hija, para desvanecer aquel martelo y abogar por la pretensión matrimonial del viejo ginovés.

Ya encontraría medio de llevarlo a la práctica convenciendo a la muchacha. A un padre no le faltan nunca buenas razones para adentrarse en el corazón de sus hijos si éstos son de buena índole y domeñar su voluntad.

El anciano Giacometti no estaba desesperanzado y nada sabía de la afición de la niña por el *galeno* de la Guardia Tudesca de Su Majestad.

DONDE SE VE LA MAGNIFICENCIA DE FELIPE II CON SU APAREJADOR MAYOR

Erase una calurosa tarde del mes de Julio.

Madrid semejábase un horno inmenso.

Apretaba el calor como suele tener por costumbre en la capital del reino.

El piadoso monarca acababa de llegar al Alcázar de vuelta de su acostumbrado paseo por las orillas del río.

Estaba despojándose del ferreruelo cuando el gentil hombre de guardia pasóle aviso de que esperaba su venia para besarle la mano el aparejador mayor de *El Escorial*.

Su Majestad mandó que el alarife pasara en seguida.

—Señor—dijo el hombre apenas se halló en la presencia de Su Majestad—, dadme albricias.

—Pues, ¿qué nuevas traes? ¿Está aquello acabado?—preguntó el monarca.

—Sí, señor, y con ventura tal—respondió el preguntado—, que de hoy en adelante no habrá que temer humedades ni filtraciones de agua.

—Ello me alegra en forma—prosiguió el rey—que quisiera agradecértelo en manera digna, y en verdad que de momento no veo con qué.

Mientras así hablaba el soberano miraba en su redor como buscando con qué satisfacer su deseo.

De pronto pararon sus ojos en algo, y pensó que ello podía ser el mejor presente; el sombrero que acaba de quitarse y que estaba sobre la mesa.

No había cosa que tanto estimara Felipe II por la particularidad que queda dicha, y así tomándole en sus manos con el mismo cuidado que pudiera una joya valiosísima, dijo:

—Sé bien a cuánto asciende la alta estima y el aprecio en que me tienes, y así comprendo, que como hidalgo que eres de corazón y de sangre, nada estimarás tanto como un recuerdo íntimo, que hasta este instante haya llevado conmigo. Así, pues, quiero que aceptes esta prenda y ten cuenta que antes que como soberano te la ofrezco como amigo.

Y puso el sombrero en la diestra de Pedro de Tolosa.

—Mañana—continuó hablando el rey—me acompañarás al monasterio, porque quiero tener el placer de felicitarte delante todos. Ahora, retírate que no quiero retrasarte el gusto de abrazar a tu hija, ya que esta vez ha de ser muy breve el tiempo que estés con ella.

Y salió el hombre con el regio presente.

No hizo más de salir y comenzó a renegar para su coleto de lo mezquino del regalo. Harto más hubiese estimado (y era lo que esperaba su alma de avaro) un talego de doblones recién acuñados y no aquella carroña que de limosna no la querría un pobre...

Ya había cerrado por entero la noche. Las calles de la cortesana villa estaban como boca de lobo.

Tolosa, con la obsesión del regalo regio, caminaba fosco y de mal talante. Bajo la capa, y con muy poco respeto estrujaba la histórica prenda.

Tan ensimismado y colérico iba el hombre, que al tomar la vuelta para entrar en uno de aquellos tortuosos callejones que por el entonces parecían adosados al Alcázar, dióse tan furibundo encontronazo contra un pedrusco, que además de lastimarse muy mal un pie, perdió el equilibrio y vino al suelo cuan largo era.

De sus labios salieron unas palabras descompuestas, que no acertárase a saber si eran quejas de dolor o sinrazones de ira.

Al eco de ellas, de un portalillo donde se advertía una tenue claridad, salió un alma caratativa que advirtiendo al caído se acercó a prestarle auxilio.

—Pues, ¿qué fué, buen hombre?

—Un endiablado canto que me ha deshecho un pie.

—Pero ¿por mala ventura se ha hecho más daño en la caída? Pase luego a mi tienda si es servido y tome un vaso de agua y vinagre, con que se le pasará el susto.

Agradeció la fineza maese Pedro y de mal talante comenzó a alejarse de allí. Con tan malos hígados iba, que olvidábase del regio sombrero.

Lo advirtió el caritativo, que era un humildísimo remendón, y llamó:

—¡Eh!, señor hidalgo. Mire que se deja aquí esta prenda.

A que respondió Tolosa:

—Quedaos con ella en memoria de que estuve para descrismarme, y no penséis que es para tenerla en poco, pues aun no ha una hora que el Rey Nuestro Señor la llevaba sobre su cabeza.

Y por no estar más tiempo en conversación, apretó el paso y desapareció entre las espesas sombras, que hacían de aquellos lugares una vasta provincia del reino de las tinieblas.

El cofrade de San Crispín entróse en su chiscón, y por un buen espacio estuvo examinando el regalo, cosa que le trajo a las mientes muy encontradas reflexiones. Una, cuán poco digna de Su Majestad era tal prenda, y otra, el ningún afecto de sus favorecidos, que de aquella manera estimábanle las distinciones. Mas como su oficio no era el de filosofar, sino el de remendar zapatos, y por el entonces había muchos pares en que emplear su ingenio, arrojó el sombrero sobre un montón de suela y púsose a la obra.

* * *

Pedro de Tolosa iba con el humor muy recrudecido por la fuerza del golpe, cuando al desembocar en la calle donde había su mansión topóse con don Lope de Zúñiga.

—Pero ¿es que queréis mi perdición?—exclamó el maese tan pronto como vió a quien no quería para yerno.

A que respondió éste:

—No quiero sino a vuestra hija.

Y prosiguió el diálogo.

—¿Es que buscáis vuestra muerte?

—Pues que me halláis en este lugar, ya podréis comprender que es la vida lo que busco.

—¿Queréis hundiros en el infierno?

—¿Cómo podrá ser eso si vengo a llamar en las puertas del cielo?

—Basta de burlas, señor retórico ridículo, y mire como no volvamos a los pleitos de siempre. Entended de aquí adelante, que la primera vez que os halle en este sitio habremos...

—No habremos más de perder el tiempo por vuestra parte, pues tanto tesón no vale para luchar con el mío ni con la honesta voluntad de vuestra María.

—Pues yo juro a Dios que no la veréis más, porque mañana mismo la haré entrar en un monasterio.

—Al fin obraréis como hombre necio, porque no la podréis arrancar de mi corazón.

—Sí, con la punta de la espada.

—Jamás la mía se cruzará con la vuestra. No quiero haceros otro conde Lozano.

Y dichas que fueron estas postreras razones, dejó la calle don Lope, llevando prendidas en el alma la angustia y la desesperación.

PENDENCIA TABERNARIA POR EL SOMBRERO DE SU MAJESTAD

No había cosa de más bullicio y escándalo ni que temiese tanto la gente pacífica, como el ir soldados de "pecorea".

Por doquiera que determinasen dirigir sus pasos, podía decirse que había muerto la tranquilidad y el sosiego.

Con sus descompuestas voces ensordecían las calles, con sus desmanes y tropelías (que pensaban que por ser soldados del rey para todo desafuero tenían bula), daban pesadumbre al vecindario.

Hartas veces, a pesar de su bravuconería, solían salir con los cascos rotos, que aunque la milicia parezca oficio de valientes, también en el estado civil se les halla de mucha entereza, que no se dejan picar de una mosca.

Siempre solían ser puntos preferidos para sus hazañas figones, tabernas y todo lugar en donde la briba y la desaprensión hubiesen un humilladero.

—Dad acá de lo bueno—decían.

Estábanse holgando y bebiendo cuanto les venía en gana y mandábales la sed, y a la hora enojosa y precisa de pagar, ponían por fiadores la ligereza del brazo y los filos de las tizonas.

Mas algún pacífico bodegonero cuando dijéronle: "Salud, hermano, y que Dios se lo pague", asió de una tranca como un árbol y cobró real sobre real y aun sahumados, cuanto hubieron de trasegar los valentones.

Así como así son gente de fiar los bodegoneros.

"Fulano" hay de ellos, que en los años de su mocedad dió que hacer lo suyo, tuvo los hígados atravesados y el corazón en su sitio.

Ya desque un parroquiano se les entra por las puertas, con sólo mirarle de través, saben del "pie que cojea", y así se portan con él tal y como les aconseja la pinta.

No acertó del todo mal el coplerillo de viejo que pintó en tales versos a un pajarraco de esta ralea:

Fué allá en su mocedad un desalmado.
siguió después la vida aventurera
por la senda escabrosa que siguiera
el hampa castellana. Fué soldado.
En la iglesia mayor fué exorcizado,
cantó en el "ansia" lo que no quisiera,
y ha remado sin sueldo en la galera
de un pirata de Argel. Fué rescatado.
De mozas de partido fué escudero,
en tierras andaluzas fué cuatrero,
se acostó casi siempre con el alba;
Ha oliscado en la "cruz del quemadero".
y agora, por robar muy a mansalva,
asentó su merced de mesonero...

* * *

Mohíno y cabizbajo retirábase a su posada don Lope de Zúñiga, llevando a un tiempo mismo clavados en el corazón el intenso querer de su novia y las hoscas razones del que a ser su suegro se resistía.

La linternilla que le alumbraba el camino serviale de poco, porque el triste caminaba como un sonámbulo.

Al entrar en la calleja en que estaba su mansión, sacóle del laberinto de sus pensamientos una gran bulla, y por las palabras que hasta sus oidos pudieron llegar, no era jornada alegre, sino pendenciera.

Una voz dura y bañada en mosto echó al aire estas razones, que obligaron a nuestro hombre a encajarse de rondón dentro de la jarana.

—¡Por mi vida!, tenedme, que con esta daga le tengo de cortar las orejas, para que aprenda el bellaco cómo se ha de tratar a la guardia del rey.

La inesperada intervención de Zúñiga aquietó los ánimos.

La gresca tenía por escenario una tabernilla.

Dos soldados tenían asido al tabernero, y oprimiéndole contra la pared, tratábanle cruelmente. En un rincón dos mujeres y un muchacho lloraban amedrentados.

—¡Ténganse todos, bellacos!—exclamó don Lope.

Los alborotadores habían reconocido en el intruso la persona del médico de su regimiento, y al eco de la voz depusieron su actitud.

El maltratado, así de como vió que había quien saliera por fiador de su vida, exclamó, poniéndose de rodillas:

—Señor, misericordia y justicia contra aquestos bandidos, deshonra de las armas y azote de los fieles vasallos de Su Majestad.

—Hable con más modos, Barrabás—dijo uno de los soldados—, que nadie tiene menos derecho para manchar con sus labios tan alta jerarquía.

—Pues ¿qué pasa?—preguntó Zúñiga.

—Lo que en buena ley no debiera tener paso—habló el tabernero—, y es, que estos militares, graduados de pícaros, quieren divertirse a costa de los pobres, que no tienen más fortuna que su triste hacienda. Han bebido a su gusto, y cuando apagaron la sed y heles reclamado el gasto, me responden con insultos y golpes.

—Señor—replicó uno de los acusados—, este hombre no dice palabra de verdad, por cuanto nosotros no nos íbamos sin pagar, que más honradamente de lo que merecen él y toda su casta intentábamos satisfacer el gasto hecho.

—No les dé Dios salud; mire qué linda moneda.

Y el hombre ponía de manifiesto un sombrerillo negro, muy maltratado, que tal le habían puesto en la refriega las partes beligerantes, y continuó:

—Y sepa vuecelencia que aumentaron el escarnio con decir que no ha dos horas llevábale puesto Su Majestad.

Zúñiga miró severamente a sus subordinados.

Aquel que parecía responder por todos, se disculpó de esta suerte:

—Un zapatero de viejo nos le vendió como prenda de tal calidad; y este hombrecillo, en lugar de admitirle con el debido respeto, dijo con muy grande irreverencia, que él no aceptaba del rey otra cosa que moneda contante y sonante, y en cuanto al sombrero, que le diéramos a los niños de la doctrina para que se cubran la sarna. Entonces fué cuando nosotros, por vía de castigo, pusímosle las manos encima.

—Miren qué gentil donaire, sobre bellacos embusteros. ¿Cuándo proferí yo tal desatino contra Su Majestad, si ni siquiera me dejaron tiempo para abrir la boca, como no fuera para otra cosa que maldecir de mí mismo y quejarme de los torniscones?

—Hablara como buen vasallo y ahorrárase lo que lleva sobre su alma y tiene merecido.

—Y, ¿quiénes sois vosotros para tomar justicias ni venganzas? ¿Qué hubiera

si yo ahora desde aquí os mandara ir al regimiento y por vía de advertencia hiciéraos dar una buena carrera de baquetas? ¿Dónde os parece que sea buena ley abusar de un pobre viejo indefenso, que mira por su hacienda?

De esta suerte reprendía Lope de Zúñiga a los alegres soldados, y era tal la energía y dureza de sus razones, que los más diéronse ya por apaleados.

—Perdone vuecelencia—dijo el que ya se ha visto que hablaba por todos—, pero nunca nos pensamos que el daño pudiera ser tan grande, y créanos que de buena voluntad nos pensamos que este hombre diérase por más que pagado con aquella prenda, ya que más de una vez ha sido uso entre nosotros pagar en especie, aunque jamás tan honrada.

—Mas que fuese como ellos dicen—volvió a plañir el tabernero—; cuando yo voy por vino a Colmenar y Arganda, no me toman por moneda zapatos, calzas, ni jubones, sino dineros, y así yo no puedo cobrar de otra manera; pero a bien que si yo tuviese diez años menos y no me atarazase una ciática que me quita la vida, ya nos hubiéramos visto, aun cuando ellos sean cuatro y yo esté solo.

—Todo se sosiegue—dijo Lope—. Veamos, buen hombre, cuánto se os debe.

Hizo la cuenta el bautizador del vino. Pagóla don Lope y mandó retirar a los soldados.

Cuando iba a salir tras ellos, adelantósele el huésped con el origen de la cuestión en la mano, y le rogó:

—Vuesamerced, señor, tome ese sombrero; pues que pagó la cuenta, suyo es.

Maquinalmente tomó Lope la deteriorada prenda, o acaso porque los soldados y el tabernero no hallaran pie para gastar burlas en nombre del soberano, y prosiguió hasta su casa, un poco aliviado de su pesadumbre habitual, con la breve jornada de este entremés.

EL BUEN AMOR DE LA HIJA Y EL TESON DEL PADRE

En medio de su grande egoísmo, Pedro de Tolosa adoraba en su hija y era incapaz de hacerla desgraciada.

Así que vió cuán enteramente negábase al desigual matrimonio con el ginovés, dejó de insistir.

Veía que marchábasele por la posta un gran negocio pero sobre todas las ansias de medro estaba la felicidad de su María.

Resistíase firmemente en consentir a Lope como yerno y no perdonaba ocasión de machacar en su empeño.

—Zúñiga—decía—es un advenedizo segundón de una hidalguía en ruínas. Ten por seguro que no aportará al matrimonio más que unos cuantos pergaminos cuarteados, unas añejas ejecutorias y unos libros de medicina. Es poco porvenir; con estos simples no se compone la olla.

Si por la mucha diferencia de edad no quería al ginovés, su padre buscaríale novio más repleto y de tantas consideraciones como el mediquillo de la guardia tudesca.

María escuchaba sin responder palabra.

Su silencio era harto elocuente; con él manifestaba no admitir otro amor que el de Lope.

Al fin habló:

—Yo os pido que si no consentís en el hombre que manda en mi corazón, que luego determinéis en qué convento habré de tomar hábito.

—No habrá más clausura que la de esta casa. Y ahora no se hable más del caso, que ya me parece que le hemos concedido más importancia de la que se merece.

* * *

Entráronse cada cual en su aposento a sufrir el enojo por separado.

María lloraba y lamentábase con la buena dueña.

Esta consolábala diciendo que no se desesperase tanto, que peñas más duras que la cabeza de Pedro Tolosa socava el agua, y que ya era haber adelantado mucho en el pleito, conseguir que desestimara enteramente la pretensión del anciano Giacometti.

El maese, encerrado en su estudio, aferrábase más a no ceder un punto en su propósito y aún estaba inclinado a pedir al Rey, como correspondencia al buen acabamiento de su trabajo, que enviase a don Lope a Flandes.

EN EL QUE EL REY, CON MUY BUENA VOLUNTAD, AMARGA LA VIDA DE MAESE TOLOSA

El maestro aparejador madrugó más que cuantos habían de acompañar al soberano en la jornada al Monasterio.

Con las primeras luces del alba pisó las "Losas" de Palacio, libres de pretendientes a tales horas..

Su Majestad ya había rato que dejara el lecho, y entreteníase hasta la hora precisa de emprender la marcha, en despachar unos asuntos con el Príncipe de Eboli, Ruy Gómez de Silva.

Tolosa no dejaba de darle vueltas en su cerrado magín al pleito amoroso que le planteara su hija, sin acordarse para nada del presente del monarca.

***

Dos horas después emprendíase la jornada.

Don Felipe, rompiendo algo la tétrica monotonía de su habitual indumentaria, llevaba un traje de rico paño veinticuatreno tejido en los famosos telares segovianos.

Un sombrero flamante cubría su cabeza, pero, bien porque el calor comenzaba a picar de firme o porque le molestaba la nueva prenda, traíale en la mano lo más del tiempo.

De vez en cuando decía a su inseparable don Ruy Gómez de Silva:

—Qué malo soy yo para mudar de costumbres.

Y cada vez que poníase el sombrero lo hacía como un sacrificio que ofreciese a Dios en descargo de alguna culpa.

Cuando llegó a "El Escorial", parecía más preocupado que otras veces, aunque él de suyo era taciturno y nada amigo de expansiones.

Inspeccionó las obras y muy particularmente aquella de que se encargara con tanta pericia Pedro de Tolosa.

Para todos tuvo muy lisonjeras aunque parcas palabras y a éste le dijo:

—Confirmo aquí la enhorabuena que diérate en Madrid; ciertamente que eres de los mejores maestros de que pueden ufanarse las artes arquitectónicas de España. Pésame de haberte recompensado con tan poca cosa como un sombrero usado, pero en llegando a Madrid, ya sabré ser más espléndido.

Tolosa abrió unos ojos tamaños, pensando que en gran manera iba a crecérsele la dádiva de la tarde anterior, mas creyóse en el caso de darse por satisfecho y agradecido respondiendo:

—Señor, para mí las órdens de Vuestra Majestad ya son mercedes muy caras; nada, pues, ha de darme que ya la preciadísima joya es harto honrosa para recompensar mayores trabajos que el que brotó de mi pobre ingenio.

—De todas maneras,—continuó el Rey—aquello me hacía más servicio que a tí; cierto que anduve poco avisado y previsor.

***

Antes de comenzar la noche tomó don Felipe la vuelta a Madrid.

Lo apretado de los muros políticos no le permitían por entonces entregarse a su gusto favorito y así no podía faltar de su despacho en el Alcázar.

Tolosa también volvió en la comitiva porque había menester de consultar con el monarca un nuevo proyecto.

El Rey no dejó de estar desazonado durante todo el camino quejándose de una fuerte jaqueca que le obligaba a permanecer descubierto.

Cuando llegó a Palacio exclamó, dando un suspiro de satisfacción:

—Gracias a Dios que se me ha acabado el suplicio. Llamen luego a Tolosa.

De allí a muy poco espacio entraba el hombre pensando que Su Majestad iba a proceder en el acto a concederle el premio por su trabajo.

Permanecía el Monarca en medio de la estancia, pasándose la mano por la dolorida cabeza y dirigiendo de vez en vez miradas de enojo al sombrero nuevo arrojado sobre un arcón.

—No sé como empezar lo que quiero decirte—dijo cuando tuvo ante sí al maestro—porque siempre me pesa mucho volver sobre mis acuerdos, y tanto es así, que veces hay en que consiento que las cosas no vayan como debieran por no revocar la orden que di en principio. Yo sé bien que es indigno no ya de un Monarca, sino del último villano, reclamar cosa que diera de buena voluntad, pero, amigo mío, yo no tengo más remedio que hacerlo contigo de esta suerte aunque te mejore en la mudanza. Hazme el favor de volverme el sombrero que ayer te diera, porque si no quedaré condenado a un terrible suplicio. Sé que sentirás mucho desprenderte de él, pero yo te consolaré en lo posible con cien escudos de oro.

Oir Pedro de Tolosa tales razones y mudar tan enteramente el color saludable de su redonda faz en palidez cadavérica fué todo uno. Quería hablar y las palabras atragantábansele. Las piernas se le doblaban y estaba a punto de caer de rodillas demandando clemencia.

Y sin esperar la venia del soberano salió de la regia cámara dando más traspiés que un borracho.

Así de como vióse en la calle hubo de pararse porque parecía que le faltaba la resqiración. Un sudor frío le bañaba la frente.

Acordábase de que había un procedimiento misterioso para conocer los yacimientos de las minas que consistían en unas varitas en forma de Y las cuales indicaban exactamente el rico filón, y el hombre pensaba que porqué no habría un medio análogo para hallar los sombreros de los reyes cuando se perdían.

Echó a andar y discurrió que acaso el remendón hubiese creído de buena fe que el sombrero era pieza regia y le tuviese como glorioso trofeo en la parte mejor de su mezquina vivienda.

Halló muy tranquilo al hombre en su quehacer de refundir zapatos, mas a las primeras palabras que le habló se le nubló el alma. Ya no poseía la prenda histórica; no pensando, ni mucho menos, que pudiese ser auténtica, habíala vendido por burlas, en unos pocos maravedises a un grupo de tudescos que todas las noches iba a emborracharse en una tabernucha próxima.

No quiso esperarse a más nuestro hombre y corrió a donde le indicaban con un hilillo de esperanza de llegar a tiempo, pero el huésped contóle lo acaecido y dióle el nombre de quien rescatara la prenda (porque conocíale muy bien de verle pasar todas las noches).

Esto fué abrirle una senda de luz. Ya podía contar con la cobertera de Su Majestad. Si don Lope la conservaba no podría negársela al padre de María.

Y confiado con esta esperanza dirigióse a la posada donde hospedábase el malventurado doctor de la Guardia de Su Majestad.

TRATO QUE NO LLEGO A CUAJAR EN NEGOCIO

Cuando el mozo pasó recado a su amo de que Pedro de Tolosa quería hablarle con toda urgencia no se determinaba a creerlo.

—Pero, ¿estás seguro—preguntaba lleno de asombro—de que te ha dicho ese nombre? Hazle pasar.

El visitante procuraba aderezar una sonrisa en su ceñudo rostro y aún extendió la diestra al encuentro del asombrado don Lope, que no acertaba a creer que aquello fuese realidad, sino quimera de su excitada fantasía.

—Vengo—dijo Tolosa—con el propósito de pediros que olvidemos nuestras contiendas, pues no es bien que dos servidores de Su Majestad anden de contínuo en pleitos.

Mientras hablaba echó una rápida ojeada por la estancia y lo primero que vió fué el codiciado sombrero sobre una silla. Tal suspiro dió, que no parecía sino querer embaular en los pulmones todo el aire de la estancia y aun el que por la ventana entraba.

—Hable vuesamerced—dijo el médico—y acerca de lo acaecido haga cuenta de que todo ha sido una mala pesadilla.

—Me alegro de hallaros tan bien dispuesto, porque con muy poco podréis prestarme un señaladísimo favor.

—Diga qué sea, que como ello esté de mi parte, no habré gusto como el de servirle.

—Nada más sencillo, pues que sólo es cosa de extender un poco el brazo, tomar ese sombrero y vendérmele.

—¿Qué es vender? En todo caso regalársele si tan raro capricho tiene vuesamerced. Pero, cosa extraña es por mi vida que sea esto sólo lo que le ha traído a honrar mi humilde casa. ¿Por acaso sabe de quién dicen que fué esa prenda?

—Del Rey nuestro Señor, que Dios guarde. Lo sé por el mismo Monarca, que se dignó regalarme habrá dos días.

Y aquí Tolosa contó brevemente la odisea del sombrero.

Zúñiga no pudo por menos de decirle:

—¡Buena estima hace vuesamerced de los presentes! Si tal considera a los de Su Majestad no quiero pensar lo que haría con los míos.

A este tiempo Lope había tomado la prenda y poniéndola muy ante los ojos del que no quería pasar a ser su suegro, dijo con mucha flema:

—Este sombrero, señor mío, vale nada menos que la mano de vuestra hija...

—Amigo, ved que vengo en son de paz, y no es esta ocasión para chanzas. ¿Cómo pude pensar que un sombrero se pague con una persona? ¿Cree por mala ventura que estamos en tierra de moros?

—No creo más sino que esta prenda vale lo que pido y si vuesamerced no consiente se volverá sin ella.

—Ved, que labráis mi ruina, que quizás me perdáis para siempre.

—Yo, no; os perderá vuestro egoísmo.

—¿Es vuestra última determinación?

—Y la primera.

Y sin decir palabra de despedida salió el testarudo aparejador.

En su tozudez prefería referir la verdad de todo al monarca antes que ceder la mano de su hija a don Lope de Zúñiga.

EN QUE TODO SE SOLUCIONA A GUSTO DEL MEDICO DON LOPE Y DE LOS LECTORES

Apenas Tolosa traspuso los umbrales de la regia cámara echóse a los pies del Rey.

—Señor—exclamó—, de aquí no me levantaré mientras Vuestra Majestad no me otorgue un perdón.

—Pues, ¿cómo te he de perdonar si aún no sé el delito que has cometido?—habló Felipe II.

Lleno de confusiones refirió él maese la odisea del sombrero desde que saliera con él del Alcázar.

Aunque ni un gesto se advirtió en el rostro hermético del Soberano, no le hizo muy buen efecto tal declaración, pero pensó que no era delito para juzgarle con severidad y así le dijo con más benevolencia de la que en él solía ser uso:

—Ciertamente que tu acción no es muy digna de alabanza, ni para que siga creyendo mucho en el afecto que dices tenerme cuando de cosa que yo estimaba tanto has hecho tan mal empleo. El médico de mi Guardia te ha dado una lección de respeto hacia mí, guardándole luego por entender que fué mío. Así, pues, yo sentenciaré vuestra querella en su favor.

Y mandó que fuesen en busca del médico, quien no tardó en ser hallado porque precisamente aquella hora entraba de servicio.

***

Don Lope besó la mano que le tendiera el Monarca, y éste le preguntó:

—¿Por qué no quisiste volver a Tolosa mi sombrero?

Y respondió el preguntado:

—Señor, porque es inestimable joya para darla por precio mezquino, y como el no consintió en darme por él lo que le pedí, preferí tener yo mismo el honor de ofrecérsele a Vuestra Majestad.

—Y ¿qué le pedías?

—La mano de su hija.

—¿Os amáis entrambos?

—A pesar de la voluntad del señor Pedro Tolosa.

—Y tú, ¿con qué cuentas a más de con el corazón?

—Señor, con mi honrosa carrera y con el favor de Vuestra Majestad.

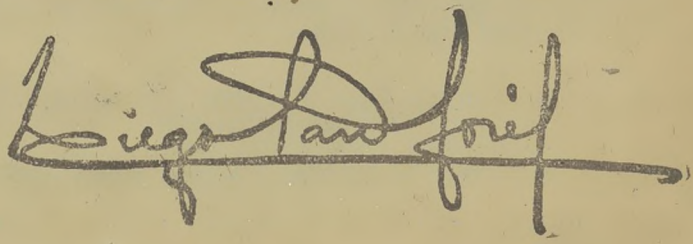
—Le tendrás, porque este suceso ha venido a recordarme que habíamos sido compañeros de armas en la batalla de San Quintín, y no quiero dejar sin premio ni protección tus buenas prendas que hacen de ti uno de los mejores médicos de mis tropas.

Y dirigiéndose al maestro que estaba confundido con tales deferencias prodigadas a su enemigo, continuó:

—Tú no quieres dar la mano de tu hija a un humilde médico, pero no tendrás inconveniente sino que te verás muy honrado en dársela a un médico mío, que desde ahora tiene de renta dos mil ducados. Ello es el único medio para desagraviarme de lo poco en que estimaste mi dádiva. Daos la mano y no se hable más de esto.

—Señor—exclamó Zúñiga conmovido en grado sumo—, ¿cómo agradecer tan imponderable merced, digna en efecto del Monarca más grande de la Cristiandad, de aquel que no ve ponerse el Sol en sus dominios y toda la tierra es como feudataria suya?

—Haciéndome el favor de volverme el sombrero—repondió Felipe II...



PRENSA POPULAR. - Calvo Asensio, 3. - Madrid. - Apartado 8.008

Dolor de cabeza, neuralgias y jaquecas desaparecen en cinco minutos con la **HEMICRANINA** del **Dr. Caldeiro.** 3 PESETAS. Pídase en farmacias.

Evita el dolor de muelas
Alcoholato
ELIXIR DENTIFRICO
Perfuma el aliento
Alcoholera. -- Carmen, 10

Atención. Si los vasos capilares no funcionan bien, el cabello se seca y se desprende, produciéndose rápidamente la calvicie. Esto se evita estimulando el funcionamiento de dichos vasos, bulbos y grándulas sebáceas, lo que se logra aplicando el agua **La Flor de Oro,** sin rival para la conservación del cabello. — Se vende en las perfumerías y droguerías.

LA NOVELA TEATRAL

Sumario de obras publicadas en La novela TEATRAL.

Galdós.—49. Electra.-53. Doña Pertecta.-58. La loca de la casa.-62.-Realidad. 82. La de San Quintín.-*Sor Simona.

Benavente.—9. Todos somos unos.-102. La copa encantada.-107. El marido de su viuda.-229.Más fuerte que el amor.-239.La princesa Bebè.-233. El dragon de fuego.-259. La ciudad alegre y confiada.-261. La gata de Angora.-263. La losa de los sueños.

Quintero.—66. Doña Clarines.-71. El patio. 75. La escondida senda.-88. El niño prodigio.-**Pepita Reyes..-255. El Centenario.-257. La zagala.-284. El género ínfimo.

Quimerá.—113. María Rosa.-114.-Tierra baja. 186.-Agua que corre.

Linares Rivas.-16. El Cardenal.-99. La Cizaña.-101. Bodas de plata. - 241. Cristobalón.-246. Toninadas.-250. Flor de los Pazos

Martinez Sierra.—29. Primavera en Otoño.-**El ama de la casa.

Tamayo y Baus.—136.Un drama nuevo.-209. La bola de nieve.-186.Lances de honor.-149. La locura de amor.-177.Lo positivo.-214.Virginia.

Dicenta.—6. El lobo 14. Sobrevivirse 24. El señor Feudal.-38. El crimen de ayer.-60. Daniel.-69. Amor de artistas.-77. Aurora-92.-Luciano-**Juan José.

Zorrilla.-188. El Alcalde Ronquillo.-130. El Zapatero y el Rey.-131. Sancho García.-148. El puñal del godo.-171. La mejor razón, la espada.-234 El Zapatero y el Rey (1.ª parte.)

Villaespesa.—10. El rey Galaor.-23. Abenhumeya.-37. Doña María de Padilla.-65. La leona de Castilla.-217. El Halconero.-**El Alcázar de las perlas.—28. La Gioconda.

Marquina.-154. En Flandes se ha puesto el sol.- 182. Doña María la Brava.-201. El Retablo de Agrellano.-222.Las hijas del Cid.-195.El Rey Trovador.

Ramos Carrión.— 84. El noveno mandamiento.-86. La Tempestad.-95. La Bruja.-155 La muela del juicio.-104. El bigote rubio-.106. Los sobrinos del Capitán Grant.-179. Micara mitad. 123. Los señoritos.-213.La criatura.-90. La Marsellesa. -271, Agua, azucarillos y aguardiente.

Vital Aza.—32. Francfort.-33. La Rebotica-. 38. Ciencias exactas.-39. La Praviana.-45. Parada y fonda.-50. Tiquis Miquis.-63. La sala de armas.-157. Las codoruices.-137.El sueño dorado -195. El matrimonio interino.-225 Llovido del cielo.-197.El señor cura.-191. El sombrero de copa.-219.Con la música a otra parte.-191.El amador-200. Perecito

Ramos Carrión-Vital Aza.—147. El señor Gobernador.-119. Zaragüeta.-183. Robo en despoblado.-151. El padrón municipal.-110. El oso muerto-.132. La ocasión la pintan calva.118. El rey que rabió.

Echegaray (Miguel).—44. La viejecita.-50. Gigantes y cabezudos.-76. El dúo de la Africana.-91. La Rabalera.-115. Los demonios en el cuerpo.-178. La Credencial.-163. Los Hugonotes.-120. Entre parientes.—111. El octavo no mentir

Arniches.-2.La sobrina del cura.-11. La casa de Quirós.-19. Las estrellas.-20. Doloretes.-21. La señorita de Trevelez.-43. La gentuza.-67 La noche de Reyes.-282. La chica del gato.-283. La heroica Villa. - 285. Es mi hombre. - 286. La pobre niña.

Arniches - García Alvarez.—15. Alma de Dios.-17. El pobre Valbuena. - 70. El terrible Pérez.-78. El fresco de Goya.-83. El método Górritz.-87. El cuarteto Pons.-97. Mi papá.-124. El pollo Tejada.-128. El perro chico.-105. Gente menuda.-122. El Príncipe Casto.

García Alvarez-Muñoz Seca.-8. El verdugo de Sevilla.-12. Fúcar XXI.-34. La frescura de Lafuente.-51. El último Bravo.-56. Los cuatro Robinsones. - 64. Pastor y Borrego.

Muñoz Seca.-270. La plancha de la marquesa. - 273. La verdad de la mentira.-275. Los pergaminos.-276. La razón de la locura.-278. La cartera del muerto.-280. El Condado de Mairena.-141. La barba de Carrillo.-193. Faustina.

Muñoz Seca-Pérez Fernández.-267. Pepe Conde o El mentir de las estrellas.-268. La fórmula 3 K3.-73 Trampa y cartón.-27. López de Coria.-189 Los amigos del alma.-254. Un drama de Calderón.-260. Martingalas.-252.-Trianerías.-253. La hora del reparto.-256. El parque de Sevilla.

Paso-Abati.-13. El rio de oro.-40. El gran tacaño.-116. La Divina Providencia.-- 206. Los perros de presa.

Perrin-Palacios.-74. La Corte de Faraón.-80. La manta zamorana.-81. Pedro Giménez.-89. La Generala.-93. Pepe Gallardo.-109. El Húsar de la Guardia.-142. Enseñanza libre. - 218. Certamen nacional.-196 Cuadros disolventes. - 150. La tierra del Sol. - 223. Las mujeres de Don Juan. - 146. El país de las Hadas - 149 Cinematógrafo nacional-

COMEDIAS

1. Trata de blancas.-3. El místico.-4. Los semidioses.-5. Las cacatúas.-18. El hombre que asesinó.-25. La eterna víctima.-26. Jimmy Samson.-31. El misterio del cuarto amarillo.-35. Primerose.-38. Raffles.-41. Mirandolina.-42. Genio y figura.-47. Petit-Café.-48. Los Noveleros.-54. La Tizona.-55. Miquette y su mamá.-57. Los gemelos.-98. La cena de las burlas.-100. Franz Hallers.-103. La Tosca.-108. La tía de Carlos.-112. Fedora.-117. El oscuro dominio.-121. Los gansos del Capitolio.-129. El director general.-133. ¡Tocino del cielo!-134. Militares y paisanos.-135. Muérete ¡y verás!-139. Jarabe de pico.-140. Papá Lebonnard.-143. El Revisor.-144. Blasco Jimeno.-145 El crimen de la calle de Leganitos.-148. Lo que ha de ser.-152 Don Francisco de Quevedo.-153. La Ciclón.-156. El amor vela.-160. La señorita del almacén.-164. El Ladrón.-166. La pesca del millón.-167. El señor Duque.-169. El Gobernador de Urbequieta.-173. Jettatore.-180. Situaciones cómicas en el teatro español.-181. El tenor.-185. El primer rorro.-189. La casa de los milagros. 190. El duelo.-192. Los amantes de Teruel-198. La Canastilla.-199. Marcela, o ¿A cuál de los tres?.-203. La historia del Don Juan Tenorio.-207. Un negocio de oro.-208. También la corregidora es guapa.-209. Mister Beverley.-212. La dama de las camelias.-215. Hamlet-216. La caracterización y las morcillas.-220. Los piropos.-221. El Gavilán.-224. Esclavitud.-226. Las vírgenes locas.-227. El soldado de San Marcial.-228. Judith.-230. El pelo de la dehesa.-231. El Corral de la Pacheca.-232. Envejecer. 237. El puesto de antiquités de Baldomero Pagés.-248. Don Gil de las Calzas verdes.-240. El arte de declamar.-242. Zazá.-243. La casa de la Troya.-244. Juventud de príncipe.-245. El mayor monstruo, los celos.-247. Magda.-248. La moza de cántaro.-251. A secreto agravio, secreta venganza.-264. Mi salvador.-269. La Tierra.-272. La República de la broma.-279. Gerineldo.

ZARZUELAS

7. Charito la Samaritana.-22 Serafina la Rubiales.-46. La alegría de la huerta.-52. La marcha de Cádiz.-61. El chico del cafetín.-68. Los cadetes de la reina.-72. La Tempranica.-79. El niño judío.-84. El padrino de «El Nene».-85. La balsa de aceite.-96. El señor Joaquín.-127. Tonadillas españolas.-158. Cantables célebres de zarzuelas.-159. Ninón.-161. Los pendientes de la Trini.-182. Pancho Virondo.-165. La boda de Cayetana.-168. Las Corsarias.-170. La Chicharra.-172. El nido del principal.-174. La Madrina.-175. Chistes célebres de comedias.-176. La suerte de Saltiano.-184. La tragedia de Laviña.-202. La canción del olvido.-204. La suerte perra.-205 El As. 211. Tonadillas españolas (2.ª parte).-235. Don Lucas del Cigarral.-236. El Príncipe Carnaval. 258. La novelera.-262. Matías López.-265. Tonadillas y tonadilleras españolas (3.ª parte).-266. Tonadillas y tonadilleras españolas (4.ª parte) -274. Tonadillas y Tonadilleras españolas (5.ª parte.)-277. El chaleco blanco.-281. La Hoja de Parra.

Número atrasado: 10 cts. sobre el precio que marca el ejemplar

(**) Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA CORTA

PRENSA POPULAR ha puesto a la venta las célebres obras de

LINARES RIVAS

La Garra.—La fuerza del mal.—Fantasmas.—La raza.—Como buitres.—La espuma del champagne.—Aire de fuera.—El abolengo.—Nido de aguilas.—La estirpe de Júpiter.—María Victoria.—En cuarto creciente.—Como hormigas.. Las zarzas del camino.

Precio de cada tomo: 3 pesetas.

PIDANSE A LIBREROS, A NUESTROS CORRESPONSALES Y A ESTA ADMINISTRACION, MADRID, CALVO ACENSIO, 3.-APARTADO 8.00